

por los lectores y los críticos futuros, por esta edición, y no por las precedentes, cuyos defectos ha sido el primero en reconocer.

Es de esperar que el libro, así rejuvenecido, alcanzará nueva popularidad.

Enero de 1880.

UNA MARCHA EN VERANO

ERA un hermoso día de Agosto, sin una nube en el firmamento, sin un soplo de aire en el ambiente. La carretera sobre la cual marchaba el regimiento, era recta, espaciosa, tan larga que no se veía su término, y tan cubierta de polvo que éste se levantaba formando densas nubes que penetraban en los ojos, en la boca, se metían por entre el uniforme, y blanqueaban la barba y el pelo. Nada de árboles ni maleza, ni sombra á derecha ni á izquierda del camino; nada de agua ni cosa que lo pareciera. La campiña era seca, árida, desierta, y las contadas casas que acá y acullá á lo lejos se distinguían, parecían deshabitadas. Imposible fijar la vista en el camino, ni en los ribazos, ni en los campos, de lleno á lleno iluminados por el sol. Caminábase con la cabeza baja y los ojos entornados. En suma eran: aquél un magnífico día de Agosto, y aquélla una pésima jornada de marcha.

En cuanto al regimiento, hacía como una hora que andaba, y á pesar del polvo asfixiador y del calor sofocante, los soldados continuaban alegres y decidores como en el momento de emprender la partida. Marchaban á doble fila y á paso de camino, á derecha é izquierda de la vía, cruzándose incessantemente de uno á otro lado dichos agudos, frases picantes,

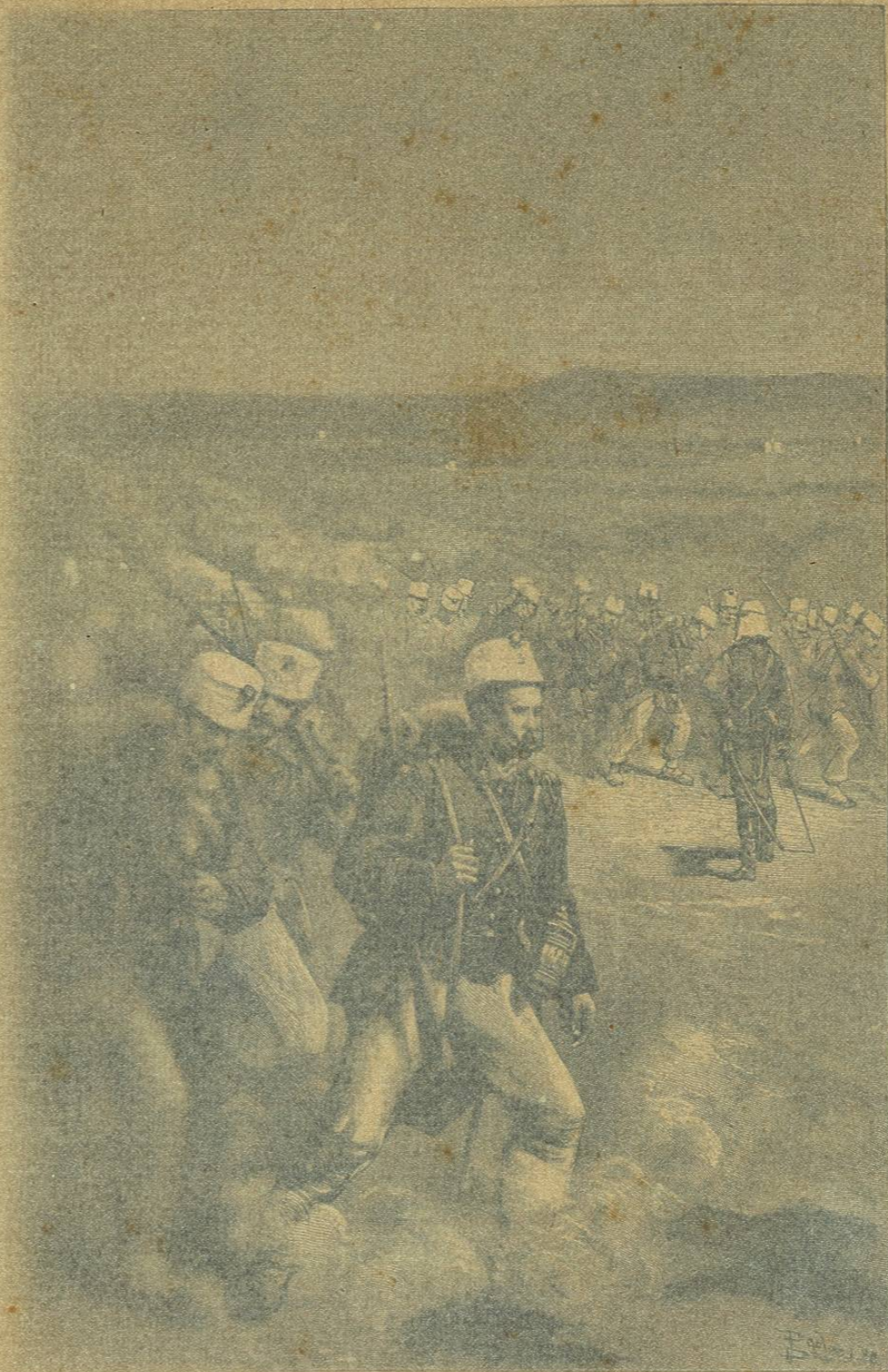
cantares chistosos, y de cuando en cuando una carcajada clamorosa ó un gran palmoteo, seguidos invariablemente de un: — Á sus puestos, pronto, guardar la formación, — que restablecía el silencio siquiera momentáneamente. Oíanse cantar por tres, cuatro ó cinco voces, aquí la alegre canción toscana, allí la patética romanza meridional, más lejos el canto guerrero de los Alpes: unos cesaban, comenzaban otros, y se mezclaban y sucedían mil variados acentos y dialectos. La marcha continuaba perfectamente y en toda regla, cerradas las filas, decidido el paso, los oficiales á sus puestos, todo en orden, todo en su puesto, ala, ala, ala.

De pronto, el segundo número de la primera fila comienza á perder distancia. Llégome á él. — Cerrar los claros. — Lo ha cerrado.

Otros diez ó doce pasos. Otro. — ¿Qué es eso? ¿Se anda ó no se anda? — ¡A ver los de la cuarta! ¡Por vida de!... Adelante: cerrar los claros: á la carrera. — Una carrera rápida: mucho sonar de las botas azotando los flancos, y de los cartuchos en el interior de las cartucheras; una confusión, una polvareda que todo lo cubre, que todo lo rodea... El claro se ha cerrado. — Es necesario respirar, no hay más remedio; serían menester pulmones de hierro. Se anda mal... el sol que derrite los sesos... el polvo que impide la respiración... y esta carretera que no tiene fin... y el kepi... ¡Hubiese siquiera un árbol, un palmo de sombra, un poco de agua! Pero nada. Esto es un desierto.

Los cantos que hace poco se oían han bajado de tono; el diálogo es menos animado; las filas menos cerradas. El jefe de la primera mitad va á la cabeza de la segunda; el de la segunda á la cola. Se comprende que el regimiento lleva tres horas de marcha. (?)

La vía recta ha terminado: comienza á serpentear. El ojo no puede recorrer el camino, y se anima con la vista de tal cual aldea lejana, del campanario de una iglesuela, de



Una marcha en verano

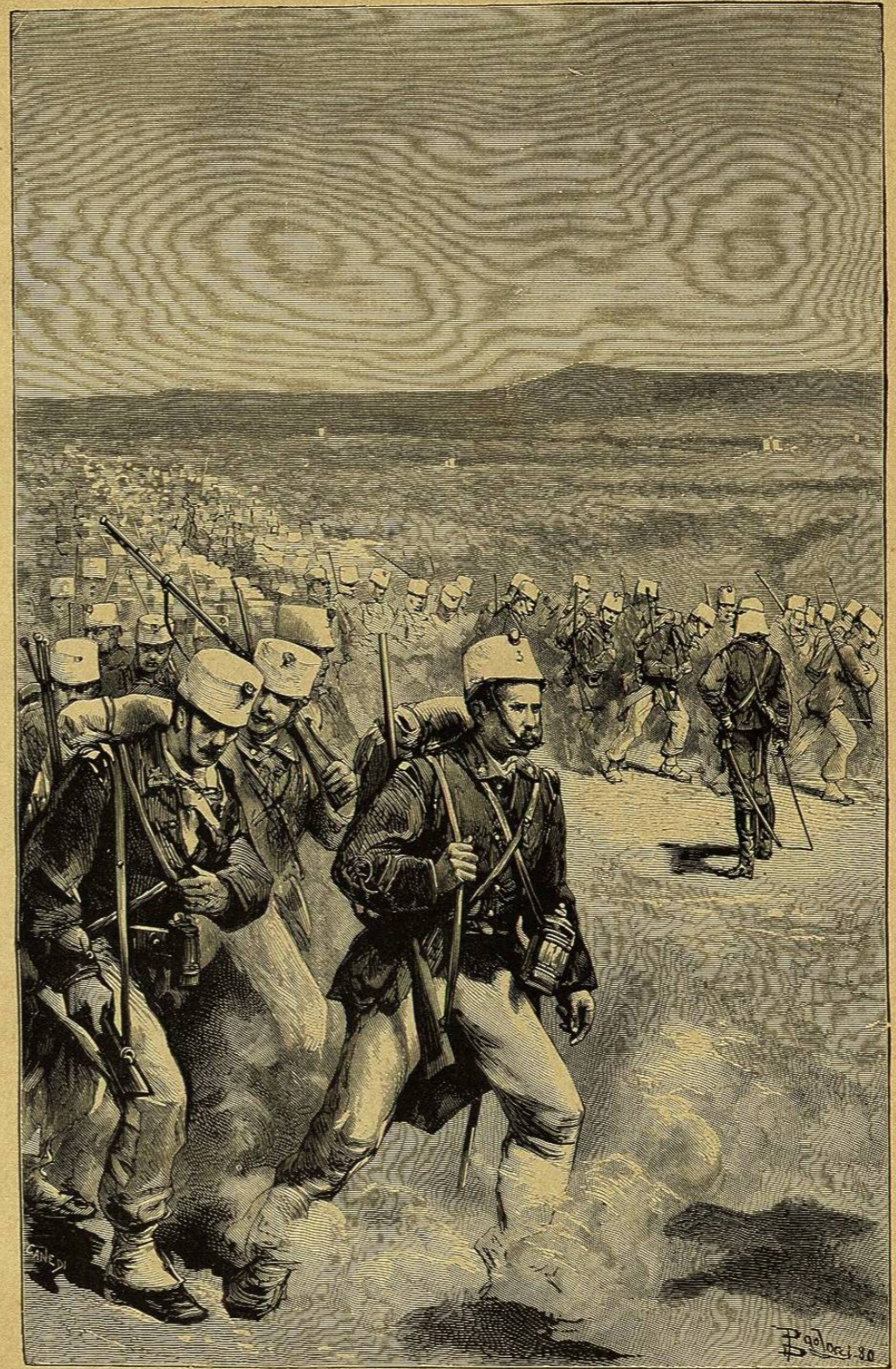
cantares chistosos, y de cuando en cuando una careajada clamorosa ó un gran palmoteo, seguidos invariablemente de un — A sus puestos, pronto, guardar la formación, — que restablecía el silencio siquiera momentáneamente. Ofanse cantar por tres, cuatro ó cinco voces, aquí la alegre canción toscana, allí la patética romanza meridional, más lejos el canto guerrero de los Alpes: unos cesaban, comenzaban otros, y se mezclaban y sucedían mil variados acentos y dialectos. La marcha continuaba perfectamente y en toda regla, cerradas las filas, decidido el paso, los oficiales á sus puestos, todo en orden, todo en su puesto, ala, ala, ala.

De pronto, el segundo número de la primera fila comienza á perder distancia. Llégome á él. — Cerrar los claros. — Lo ha cerrado.

Otros diez ó doce pasos. Otro. — ¿Qué es eso? ¿Se anda ó no se anda? — ¡A ver los de la cuarta! ¡Por vida del... Adelante: cerrar los claros: á la carrera. — Una carrera rápida: mucho sonar de las botas azotando los flancos, y de los cartuchos en el interior de las cartucheras; una confusión; una polvareda que todo lo cubre, que todo lo rodea... El claro se ha cerrado. — Es necesario respirar, no hay más remedio; serían menester pulmones de hierro. Se anda mal... el sol que derrite los sesos... el polvo que impide la respiración... y esta carretera que no tiene fin... y el kepi... ¡Hubiese siquiera un árbol, un palmo de sombra, un poco de agua! Pero nada. Esto es un desierto.

Los cantos que hace poco se oían han bajado de tono; el diálogo es menos animado; las filas menos cerradas. El jefe de la primera mitad va á la cabeza de la segunda; el de la segunda á la cola. Se comprende que el regimiento lleva tres horas de marcha.

La vía recta ha terminado: comienza á serpentear. El ojo no puede recorrer el camino, y se anima con la vista de tal cual aldea lejana, del tampanario de una iglesuela, de



La vida militar.

Una marcha en verano